

LITERATURA DEL SIGLO XVIII

1. Introducción

A partir de la segunda mitad del siglo XVII se produce en Europa un cambio de gran importancia, que marcará los siglos siguientes y supondrá el declive final de la hegemonía española, que había durado 200 años. La moral que regía la sociedad barroca entra en crisis. Los valores tradicionales, que siguen profundamente arraigados en la sociedad española de la época, empiezan a cuestionarse en el resto de Europa, pero especialmente en Inglaterra y Francia. La religión y la aceptación de la autoridad monárquica empiezan a dejar paso al predominio de la razón y el método científico, que busca explicaciones racionales a todo.

Un importante grupo de intelectuales ingleses (novelistas, físicos, filósofos, sociólogos, economistas y políticos) ponen en tela de juicio los preceptos de la sociedad y del saber tradicional. A esto se ha llamado “crisis de la conciencia europea”. El crecimiento socioeconómico de la burguesía es el punto de partida de una serie continuada de cambios en el pensamiento, concepción y valoración de la realidad, que darán origen a un importante movimiento intelectual: la **Ilustración**. Este término procede de “luz” y alude a la necesidad de iluminar y desterrar las sombras en el sentido más amplio, y es también el motivo por el cual se llama “Siglo de las Luces” al XVIII. Este marco ideológico es el que sostiene las ideas revolucionarias que marcan todo el siglo y que se extienden a partir de Francia por el mundo.

La Ilustración se define por el deseo de saber (*sapere aude* o “atrévete a saber”, como decía Kant) y por el inicio de un cambio de mentalidad (*pensez par vous même* o “piensa por ti mismo”, lema de Voltaire). Las bases ideológicas de la Ilustración son el racionalismo, el empirismo y el enciclopedismo.

El **racionalismo** defiende la supremacía de la razón en todas las manifestaciones humanas. Su desarrollo lleva a cuestionar y criticar conceptos como la jerarquía, la autoridad, los dogmas y la tradición. Este ideal racionalista es difundido por todos los medios creando un ambiente de “ilustración” o de “iluminación de las tinieblas anteriores”.

En el **empirismo**, se desprecian filosóficamente todos los vestigios de escolástica medieval (de carácter lógico-idealista). Se produce un replanteamiento de los límites del conocimiento racional cuyo punto de arranque es Kant, con su obra *Crítica de la Razón Pura*, que marca el paso al pensamiento moderno. A partir de aquí, se limita el conocimiento a la experiencia o empirismo, al sensualismo, (forma de conocimiento limitado a través de los sentidos) y al materialismo (cuyo objeto es la realidad material), obviando cualquier forma de idealismo y de metafísica. El empirismo desarrolla un culto exacerbado a las ciencias experimentales: Newton en física, Kepler en astronomía, John Locke en política y pedagogía, y Adam Smith en economía son las puntas de lanza de este movimiento científico.

Pero el símbolo por excelencia de la Ilustración es la creación de la *Enciclopedia*, o *Diccionario razonado de las Ciencias, Artes y Oficios* (1751-1782), que da origen al llamado **enciclopedismo**. Esta obra, creada en Francia con Diderot y D’Alembert como coordinadores, pero que cuenta con colaboradores como Montesquieu, Voltaire o Rousseau, tenía como objetivo compendiar todo el saber humano, y reflejarlo desde un punto de vista científico, racional y empírico.



Por su carga ideológica, se convierte en un medio de difusión de la nueva mentalidad, mostrando la excelencia del método experimental. Los enciclopedistas serán los que, en realidad, remuevan la sociedad francesa hasta el punto de generar la revolución de 1789 (*liberté, égalité, fraternité*) y provocar así la estrepitosa caída del llamado “Antiguo Régimen”, como ellos consideraban a la monarquía, que es sustituido tras los convulsos años de la revolución por lo que ahora se conoce como “despotismo ilustrado”, que puede resumirse en la famosa frase de Federico II de Prusia “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”. Hace referencia a que las ideas de la Ilustración se impusieron sin consultarlo a los ciudadanos, ya que se consideraba que ayudaban a crear un mundo mejor, que haría a todos más felices, aunque hubiera gente que al principio no lo entendiese y pudiera oponerse a estas ideas.

La tendencia estética y artística que corresponde al período es el **neoclasicismo**, movimiento que toma como referencia la antigüedad grecolatina para aplicar a las artes y a la literatura los principios intelectuales de la Ilustración. Así, el espíritu racionalista y filantrópico provoca que la literatura se ponga al servicio del individuo y en busca de la felicidad común. Se recupera el sentido de la literatura como instrucción, que suele estar controlada y dirigida por el Estado, de ahí que la finalidad principal de lo literario sea didáctica y doctrinal, relegando la fantasía. Por este motivo, predominan los géneros eruditos como el ensayo, el cuento moral y político y, en general, la prosa. En poesía, se retoma la fábula, y el teatro adquiere un tono moralizante y burgués.

2. El siglo XVIII en España

El siglo XVIII, como hemos indicado, es un momento de crisis y declive para toda España. El aislamiento del resto del continente, buscado por la realeza para evitar la entrada de influencias externas, junto con la paulatina merma de las riquezas americanas y los continuos problemas sociales provocados por una situación de decadencia que no se había hecho nada para evitar, hacen que España pierda todo su protagonismo a nivel mundial.

El último rey de la dinastía de los Austrias, Carlos II, apodado “el Hechizado”, muere sin dejar herederos en 1700. Se produce así la Guerra de Sucesión (1701-1714), tras la cual llega al poder Felipe de Anjou, de la dinastía francesa de los Borbón. La proclamación se produce con el tratado de Utrecht en 1713, y pasa a reinar en España bajo el nombre de Felipe V. A partir de este momento, las corrientes europeas entran en España, que poco a poco, y con suspicacias, se va amoldando a las nuevas corrientes del pensamiento europeo y a las normas del “buen gusto” francés. En estos años, se fomenta el desarrollo de medidas orientadas a la mejora de la producción y el comercio, asociadas principalmente con el crecimiento de la burguesía.

Los sucesivos monarcas españoles de este siglo (después de Felipe V llegan Carlos III, Carlos IV y Fernando VII) aplican el absolutismo racional y la centralización administrativa como mecanismos para conseguir imponer el orden y el progreso que preconizaba el despotismo ilustrado. De esta forma, fomentan y priman el desarrollo de las comunicaciones, las ciencias y la enseñanza.

Esta nueva tendencia favorece la creación de diferentes instituciones culturales. Así, en 1712 se funda la Biblioteca Nacional. En 1713 se crea la Real Academia Española de la Lengua, que tiene como uno de sus primeros cometidos la publicación del *Diccionario de Autoridades* entre 1726 y 1739, y continúa con la *Ortografía* en 1741 y la *Gramática* en 1771, lo que consolida el proceso de fijación de la lengua, para dotarla de uniformidad y de unas normas claras y de común aplicación. El *Diccionario de Autoridades* recoge, a imitación de obras similares que se habían publicado en

Francia e Italia, los términos que se emplean en español, y ofrece definiciones y ejemplos de uso tomado de obras del Siglo de Oro (de ahí que se denomine “de autoridades”, ya que se consideraba a los autores de ese período el modelo a seguir).

También durante este siglo comienzan las tertulias literarias, las academias o las Sociedades Económicas de Amigos del País, y se crearon las primeras publicaciones periódicas como el *Diario noticioso* o el *Diario de los Literatos de España*, que estimularon la educación, la cultura, el progreso y el desarrollo del género periodístico. Si bien estos primeros intentos tenían un claro control por parte del gobierno, que establecía la importancia de las noticias y que marcaba las líneas editoriales, su creación permitió abrir la sociedad a Europa, lo que permitió entrar corrientes de pensamiento que habían sido mantenidas al margen durante casi 200 años.

3. Literatura española en el siglo XVIII

Tradicionalmente, se ha juzgado la literatura española de este período como pobre y de escasa calidad. Se ha llegado a hablar de “barbecho literario”, en el sentido que no hay una nómina tan amplia y excelsa de autores como había aparecido en el siglo anterior, pero que sin embargo servirá de base para el renacer de finales del XIX.

Aunque es cierto que la gran profusión de autores de un nivel elevadísimo del XVII no se repite, tampoco se puede afirmar que no existan textos con interés y que resulten importantes para la tradición española. Frente al decadentismo posbarroco, que explotaba una magnífica imaginación viviendo a expensas de los hallazgos estilísticos e ingenios gongorinos, se impone la contención y el utilitarismo en el arte, en la medida en que el ideal estético dieciochesco sigue el neoclasicismo de rigurosa normativa literaria que refrena el vuelo imaginativo y la espontaneidad creativa. Pero este estilo da pie también a la aparición de autores que tendrán una notable preminencia social, como Jovellanos (cuyos ensayos, en los que desgrana con notable nitidez la sociedad de su época, tienen todavía frescura y un cierto reflejo en nuestros tiempos), la poesía de José Cadalso y Meléndez Valdés, las fábulas de Samaniego y Tomás de Iriarte o la prosa fantástica de Torres Villarroel.

En el siglo XVIII coexisten tres tendencias artísticas principales, cuya delimitación cronológica resulta difusa y que, en ocasiones, coexisten en un mismo autor o, incluso, en las mismas obras.

El **posbarroquismo** pretende continuar el estilo, las técnicas y los temas que fueron característicos del movimiento barroco. La imitación se reduce a lo formal, sin tratar de innovar temática o conceptualmente. Este período arranca ya en la segunda mitad del siglo XVII, y se abandona a mediados del XVIII, ya que no resultaba del agrado de la corte afrancesada, acostumbrada a otro tipo de literatura más afín a lo que se estaba haciendo en París.

El **neoclasicismo** tiene su apogeo en España en la segunda mitad del siglo. Este “nuevo clasicismo” consiste en una vuelta a la tradición clásica que encuentra sus modelos en el Renacimiento hispánico y en el clasicismo francés e italiano. La literatura neoclásica defiende las normas estéticas de la preceptiva clásica, tales como la distinción entre los géneros literarios, la verosimilitud, la imitación de la naturaleza, el sometimiento a las leyes de la razón, el utilitarismo de la literatura o el respeto a la regla de las tres unidades (acción, tiempo y lugar). Se opone como corriente literaria a la exageración del Barroco y a su gusto por el lenguaje artificioso y las métricas complicadas.

Finalmente, el movimiento que se ha llamado **prerromanticismo** surge a finales de siglo, como un rechazo a las técnicas neoclásicas y en defensa de la subjetividad, la espontaneidad, la melancolía y, en general, los sentimientos. Es característico de esta corriente la ambientación de las obras en una naturaleza estridente, macabra o desbordada: días de tormenta, noches oscuras y tenebrosas, cementerios, ruinas, etc. Todas estas características serán desarrolladas y llevadas a su plenitud durante el romanticismo.

Para ofrecer una mejor visión panorámica de la época, trataremos en los siguientes apartados la lírica, la prosa y el teatro del siglo XVIII en España.

4. Lírica española del siglo XVIII

Los autores de poesía de esta época pertenecían en su mayor parte a la élite gobernante española. Así, por ejemplo, Meléndez Valdés era jurista y estuvo en política, Jovellanos fue ministro y Cadalso llegó a coronel del ejército. Otros autores provenían también de la magistratura o el cuerpo diplomático. Todos ellos cultivaron en mayor o menor medida el género lírico y trataron de tocar todas las tendencias de la literatura dieciochesca.

En las primeras décadas del siglo, como hemos indicado, la tendencia poética característica es el posbarroquismo. Los poetas serán meros continuadores del Barroco en metros y temas, siguiendo muy de cerca la poesía conceptista y culterana de Quevedo y Góngora.

La tendencia conceptista se advierte especialmente en autores como Torres Villarroel, que se considera un continuador de Quevedo, o en *El desenfadado*, de Eugenio Gerardo Lobo, que pretende ser una réplica de la magnificencia satírica de este mismo autor, pero que se reduce a una enumeración de detalles groseros, incluso escatológicos y de dudoso gusto, acumulados para la caracterización de personajes rústicos, grotescos e infrahumanos.

Al lado de esta tendencia conceptista y festiva, continúa en las primeras décadas del siglo la poesía barroca de signo culterano. El máximo representante de esta tendencia es Antonio Porcel, en cuya extensa obra *El Adonis* demuestra su gusto culterano por la descripción simbólica, mitológica, alusiva y perifrástica, así como la atención a lo sensorial y a la mitología.

En cuanto a los derroteros de la poesía en la segunda mitad de siglo, aparecen varias tendencias contrapuestas. A las tendencias neoclásicas y prerrománticas se suman en poesía el rococó y la fábula.

La **poesía rococó** busca la miniaturización de los objetos y las escenas decorativas. Todo ello se expresa con un léxico refinado, a veces arcaizante, donde predomina el diminutivo. Los metros empleados son cortos y de ritmo marcado. Muestran también su gusto por los epítetos, el colorido suave, y una mitología de dimensiones domésticas. En cuanto a los temas, se prefieren el amor y la belleza femenina. Es una poesía vinculada a lo bucólico y a lo anacreóntico, de una deliberada artificialidad. Los autores buscaban crear un mundo ideal, con personajes sencillos cuyos sentimientos se expresasen en un ambiente casi paradisíaco.

Dentro de esta corriente, **José Cadalso** (1741-1782) se erige como maestro de la poesía anacreóntica, que busca la exaltación de los placeres de la vida y que toma su nombre del poeta griego clásico Anacreonte. Su tono es suave, con una ingenuidad picaresca de ritmo vivaz y saltarín. Su sensualidad y gusto detallista le llevan a componer pequeños retratos femeninos entre

los que destacan los dedicados a Filis. En el año 1773 publica *Ocios de mi juventud*, una obra donde encontramos todos los géneros del momento, desde la anacreóntica a la poesía filosófica y satírica.

Frente al recargado gusto rococó, la **poesía neoclásica** propone una concepción utilitaria del arte. Considera que la lírica debe estar al servicio del enaltecimiento de la patria, de los héroes, del bien y del mal. Es el marco de desarrollo de la poesía ilustrada, en la que se da cabida a las ansias cívicas, científicas y filosóficas. Se extiende esta etapa desde 1750 hasta las primeras décadas del siglo XIX.

Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), escribe en 1776 *La carta de Jovino a sus amigos salmantinos*, en la que exhorta a un grupo de poetas de esta localidad para que abandonen los frívolos temas amorosos y se dediquen a servir a la patria por medio de composiciones de más altos vuelos.

En poesía, tienen gran interés las sátiras de Jovellanos. La primera de ellas, *A Arresto*, tiene como asunto la crítica “contra las malas costumbres de las mujeres nobles”, donde denuncia en un tono crudo el desorden moral, el lujo desmedido y la inutilidad de la búsqueda de una belleza artificial.

La poesía didáctica y filosófica de Jovellanos está constituida por sus epístolas. Jovellanos emplea un lenguaje realista, lleno de expresiones fuertes y objetos de la vida diaria, prohibidos en la poesía de salón y de ambiente pastoril. De ahí que se haya hablado de un cierto “prosaísmo” en su poesía, entendido como una ruptura entre los límites de prosa y poesía por el carácter utilitario y transmisor que se le da al verso en este momento.

Juan Meléndez Valdés (1754-1817) se ha considerado el mejor representante de la poesía española de este siglo. En su obra se resumen las distintas tendencias. Escribió numerosas anacreónticas cultivando la vertiente sensual y erótica, con un estilo jovial, donde tienen su representación más tópica los símbolos del amor y la alegría, como *Cupido* y *Baco*. Entre su obra anacreóntica destaca *Los besos del amor*.

En sus *Epístolas* recoge una poesía bien distinta, expresando sus ideas de reforma y progreso. También cultivó una lírica más comprometida política y socialmente. En ella somete a la sociedad a un duro análisis de sus aspectos más negativos. Así, en *El filósofo de campo* pretende la rehabilitación del campesino, condenando la ociosidad y la vida orgullosa del cortesano. Destaca, por tanto, por poner la poesía al servicio de la humanidad y de lo que se concebía como progreso, aunque con una búsqueda consciente de un estilo elevado.

Un género que se prestaba perfectamente a los propósitos neoclásicos del didactismo en el arte fue la **fábula**. Al tratarse de un texto poético narrativo concebido para dar ejemplo y razón de ser a una moraleja final, la fábula deja poca libertad imaginativa. Los principales cultivadores de este género en España en el siglo XVIII son Samaniego y Tomás de Iriarte.

Félix de Samaniego (1745-1801) utiliza un estilo prosaico para sus fábulas, a veces incluso bastante simple. Su objetivo era la educación de los niños del seminario de Vergara, y para componerlas adaptaba tanto obras clásicas como fábulas tradicionales o textos del francés La Fontaine.

Tomás de Iriarte (1750-1791) empleaba las fábulas como método didáctico para inculcar a sus coetáneos unos cuantos principios literarios, centrándose especialmente en la enseñanza de la

retórica y de la poética con un estilo de gran claridad expositiva. Un ejemplo puede encontrarse en la fábula *El burro flautista*.

El movimiento del prerromanticismo fue cultivado por los autores neoclásicos en sus obras de madurez. Supone una anticipación al Romanticismo y recrea un sentimiento filantrópico y una nueva sensibilidad humanitaria y social, que se expresan con un estilo novedoso, con neologismos, cultismos... Los poemas finales de Meléndez Valdés, como *La Tempestad*, o la *Oda a la muerte de Cadalso* se encuadran ya en este estilo.

5. Teatro español del siglo XVIII

La fórmula teatral planteada por Lope de Vega y continuada por Calderón de la Barca había triunfado totalmente en el siglo XVII en los corrales de comedia. Sin embargo, en 1737, Ignacio de Luzán, crítico y preceptista de sólida cultura que había vivido en Italia y buscaba una poesía más clásica, más clara y más ordenada, exige que el arte sea, además de agradable, útil, siguiendo la tradición horaciana del "*docere et delectare*" (enseñar y deleitar). Su *Poética* pone de manifiesto los dislates preceptivos del teatro barroquizante a la luz de las reglas clásicas. Su objetivo era potenciar el teatro de tipo neoclásico, poniendo orden a los excesos originados por el triunfo de la comedia nueva.

Su punto de vista genera una polémica entre los autores, ya que algunos pretenden continuar con la tradición teatral española, con obras llenas de magia, de santos y de efectos especiales. En esta situación se encuentra Antonio Zamora, con títulos como *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*, obra en la que se retoma el mito de Don Juan acentuando las manifestaciones externas del carácter del protagonista.

Esta tendencia popular se refleja también en los célebres sainetes de Ramón de la Cruz (1731-1794). Se trata de piezas breves, escritas en octosílabos, de carácter cómico que utilizan personajes prototípicos de la realidad de su época: castañeras, hidalgos arruinados, maridos burlados... y dan lugar a una escena de tipo cómico. Son descendientes de los entremeses del siglo XVII. Estas piezas son de corte costumbrista y descriptivo, con acento crítico, dirigido a los "inadecuados" por su posición social, pero elude la crítica a la aristocracia. Algunas de estas composiciones son *La pradera de San Isidro* o *La plaza mayor por Navidad*.

Dentro del teatro neoclásico, suelen diferenciarse tres corrientes: la comedia sentimental, la tragedia neoclásica y la comedia ilustrada.

La **comedia sentimental** corresponde a un teatro recargado, rococó, moralizante, afectado por la ola sentimental del XVIII y de imitación de la llamada "comedia lacrimosa" francesa. Tiene su arranque en *La Petimetra* de Nicolás Fernández de Moratín, quien con este ensayo teatral se alza en contra de los modelos barrocos y sus derivaciones. Destaca también Gaspar Melchor de Jovellanos con *El delincuente honrado*.

La **tragedia neoclásica** representa el puente entre la comedia tradicional española y la tragedia romántica. Es un género artificial que surge por imitación de lo extranjero, principalmente lo francés, al amparo de la conocida regla de las tres unidades de las preceptivas neoclásicas: Nicolás Fernández Moratín con *Lucrecia* o Cadalso con *Sancho García*. Pero, de entre todos ellos, destaca Vicente García de la Huerta, autor de *Raquel* (1778), única tragedia del XVIII que tuvo éxito realmente. La obra se representó simultáneamente en todos los teatros de España, se



imprimieron en vida del autor 11 ediciones y había unas dos mil copias manuscritas. Triunfó siguiendo las reglas de lugar, tiempo y acción, con ausencia del gracioso, con versos endecasílabos, con un lenguaje lleno de resonancias calderonianas y con un tema ya tratado por otros dramaturgos y que aparece en la *Primera Crónica General*: la conjura de los nobles para dar muerte, por razón de Estado, a la judía Raquel, amante de Alfonso VIII.

Finalmente, la **comedia ilustrada** tiene como máximo representante a Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), que innova en el terreno de la comedia. Es el único autor que consigue una cierta evolución del teatro a lo largo del siglo ilustrado, pues los intentos de desarrollo de la tragedia resultaron infructuosos. La temática de su obra es de contenido ilustrado e instructivo. Propugna una vuelta al teatro de inspiración clásica, presidido por el “buen gusto”, el equilibrio, el sometimiento a las reglas aristotélicas de las tres unidades, la verosimilitud, el decoro y la separación rigurosa de los géneros dramáticos.

En 1796 publica *La comedia nueva*, obra de contenido metateatral. Es una sátira contra el teatro que deseaban combatir los neoclásicos, no contra el teatro barroco, sino contra su degeneración dieciochesca. En 1806 se edita *El sí de las niñas*, en tres actos y escrita en prosa, su obra más conseguida. En ella expone una de las grandes preocupaciones de los ilustrados: los matrimonios desiguales y la educación de los jóvenes. Suscitó notable polémica e incluso críticas y denuncias a la Inquisición. En ella se narra como Paquita es obligada por su padre a casarse con un viejo, don Diego, aunque está enamorada del sobrino de este. Este amor es correspondido y será el sobrino quien, encarnando la voz de la razón, hace ver a su tío el error y el disparate del matrimonio que está a punto de protagonizar. Es la obra final de Moratín, que se despide con ella de la actividad teatral.

Tomás de Iriarte, aunque más conocido por sus fábulas, es autor también de *Hacer que hacemos*, *El señorito mimado* o *La señorita malcriada*, todas ellas comedias ilustradas.

6. Prosa española del siglo XVIII

La prosa se convierte en el vehículo por excelencia de difusión de las ideas neoclásicas, ya que resultan útiles para mostrar el didactismo propio de la época. A través de los ensayos, se puede criticar, a la luz de la razón, las ideas y costumbres tradicionales, las falsas creencias, el atraso de las ciencias o los vicios de la educación.

Esta misma actitud didáctica derivará en una prosa basada en la documentación y en la observación de la realidad, y con un lenguaje cuidado pero ameno y directo. Así, vinculada al auge del periodismo, la prosa ilustrada cultivará en menor medida la narración de ficción y tenderá más a una literatura reflexiva, en forma de cartas, discursos, diarios, memoriales, artículos periodísticos, etc. En esta época surgen las mejores muestras de ensayo en lengua española.

Para analizarlas mejor, dividiremos la prosa en didáctica y de ficción.

6.1. La prosa didáctica

Son estos textos destinados a servir de vehículo para la divulgación de las ideas ilustradas, que buscan contribuir a la reforma y mejora de la sociedad. Los autores más destacados de este período son el padre Feijoo, José Cadalso y Gaspar de Jovellanos.



El padre **Benito Jerónimo Feijoo** (1676-1764) fue un monje benedictino que buscó la renovación de la teología combinándola con el nuevo método científico. Pretendía integrar la novedad metodológica y el espíritu científico con el pensamiento de la Iglesia. Entre sus obras cabe destacar el *Teatro Crítico Universal*, discursos que contribuyeron a difundir ideas básicas como la dignificación del trabajo y los oficios, el utilitarismo, el pacifismo como elemento favorable a la economía o el menosprecio de la nobleza hereditaria y ociosa. Escribe también las *Cartas eruditas y curiosas*. En ambas obras combate la superstición y el fanatismo, a favor del pensamiento racional. En sus textos aparecen casi todos los conocimientos del siglo XVIII y abarcan todo tipo de temas (filosofía, historia, matemáticas, política...) con la finalidad de introducir nuevas teorías y desterrar errores comunes en la época. Su actitud es crítica con la sociedad, pues cuestiona ideas vigentes que se consideraban insustituibles.

José Cadalso es uno de los talentos críticos primordiales del siglo. Además de su obra en verso y en teatro, su andadura como literato en prosa se inicia con *Los eruditos a la violeta*, obra publicada en 1772 donde se critica a quienes presentan una erudición de miscelánea, orientada hacia aquellos que pretenden saber mucho con escaso estudio. Su obra maestra es *Cartas marruecas*, que participa del gusto por lo oriental de la época. Es una obra epistolar que recoge la correspondencia entre Gazel, un joven marroquí, Ben Beley, su protector marroquí, y el español Nuño. Trata principalmente el tema de España: el análisis del carácter propiamente español, el atraso de la sociedad con respecto a Europa, el inmovilismo de las clases poderosas, el escaso dinamismo de la economía, de la reforma agraria... Pero también tiene importancia capital el aspecto costumbrista. Se van denunciando sucesivamente y desde el extrañamiento que permite la visión del extranjero con la técnica del perspectivismo, algunas de las tradiciones y de los hábitos más rancios de la sociedad del momento. Es ya clásica la referencia a la fiesta de los toros, el vestuario, los viajes...

Otra de sus obras de más éxito es *Noches Lúgubres*, de marcado contenido prerromántico. Dividida en tres noches y sin una sucesión cronológica estricta ni argumental, es una suerte de engarce azaroso de estampas unidas por la presencia de un personaje central como es Tediato, en quien se ha querido ver al propio Cadalso, tras la muerte de su amada. Se trata de una elegía en sentido pleno, un canto fúnebre de marcado carácter subjetivo y doliente, caracterizado por los cementerios, lo ambientes sepulcrales y nocturnos cercanos al Romanticismo.

Melchor Gaspar de Jovellanos (1744-1811) encarna el modelo de ilustrado del momento y sintetiza su condición de intelectual polifacético y culto, imbricado en toda una serie de actividades de tipo social y político. Su actividad prosística más destacada se centra en el desarrollo de discursos sobre temas variados. Cabe mencionar el *Informe sobre la ley agraria*, publicado en 1794. Se compone de una primera parte histórica, que sirve como marco para encuadrar la parte analítica, en la que se somete a juicio la situación coetánea del desarrollo agrario, proponiendo reformas útiles para su mejora. Otro discurso que merece comentario es la *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España*; en él se comienza con un repaso del origen de los festejos públicos desde la Edad Media, y se analiza la progresiva decadencia, sobre todo centrándose en el teatro, por haberse separado de la preceptiva clásica y por abandonar como directriz la de la instrucción y el deleite. Defiende abiertamente en este sentido una intervención estatal que censure lo moral y lo estético, propugnando, como todos los neoclásicos, un teatro minoritario, intelectual y aristocrático.

Jovellanos, con su gran capacidad prosística, presenta proyectos y propone mejoras tecnológicas en todos los campos de la sociedad productiva, desde la minería a la agricultura y a la organización

política, aunque su carácter reformista, avanzado para su tiempo, chocó en muchas ocasiones con la realidad inmovilista de su época.

6.2. La prosa de ficción

Aunque, como hemos dicho, la línea de pensamiento de la Ilustración se alejaba de la ficción, al tratarse de un género que había tenido un amplio cultivo durante el siglo XVII, todavía hay varios autores que continúan en esta línea. Entre ellos destacan Torres Villarroel y el Padre Isla.

Diego de Torres Villarroel (1694-1770) posee una variadísima obra literaria con una marcada filiación quevedesca en cuanto al estilo. Su fama se la ha granjeado la publicación de su supuesta autobiografía, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del doctor Don Diego de Torres Villarroel*, un relato novelesco enmarcado en el género picaresco, que sin embargo incumple algunos de sus recursos básicos, como el carácter de pícaro del protagonista o el resentimiento contra la sociedad. Su obra de mayor influencia quevedesca es *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte*, de fuerte contenido satírico, en el que se someten a burla y revisión algunas de las costumbres y oficios españoles de su tiempo. En este sentido, conecta el estilo barroco con la intención ilustrada de la regeneración de las costumbres del momento. En el prólogo de una de sus obras se jactaba precisamente de no escribir para adoctrinar, sino para entretener a la gente y ganar dinero con ello.

José Francisco de Isla, el **Padre Isla** (1703-1781) fue un jesuita, profesor de teología y predicador. Poseía una disposición natural para el ejercicio de la sátira, ridiculizando las ideas anticuadas y disparatadas. Destaca su obra *Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, donde satiriza un tipo de oratoria sagrada, ya que el protagonista de la obra es el resultado de la mala educación recibida, plagada de mal gusto, retoricismo, artificiosidad y lleno de una religiosidad superficial.